

Novena de la Inmaculada

29 de noviembre al 7 de diciembre de 2025



“María mujer eucarística”

130
AÑOS

Introducción

Con mucha alegría y gratitud, comenzamos esta novena en honor a la Virgen Inmaculada. En estos días de oración, contemplaremos a María como Mujer Eucarística, para profundizar en nuestra entrega y misión.

En María, vemos dos actitudes eucarísticas indispensables: el amor y la entrega. Ella vivió cada día orientada a Dios, acogiendo su Palabra, guardándola en el corazón y poniéndola en práctica con una confianza total. Su vida fue una ofrenda sencilla, escondida y fecunda, como el pan que se parte para alimentar a muchos.

Al contemplarla, descubrimos que la Eucaristía no es solo un sacramento que recibimos, sino un estilo de vida que transforma nuestro corazón. María nos enseña a decir “sí” sin reservas, a creer incluso cuando no entendemos del todo, y a dejarnos conducir por el Espíritu que hace nuevas todas las cosas. Ella fue la primera en acoger a Jesús, la primera en llevarlo a los demás, la primera en vivir plenamente aquello que celebramos cada vez que participamos de la Mesa del Señor.

Durante estos nueve días, iremos recorriendo distintos verbos eucarísticos, gestos que nos ayudan a vivir más unidos a Jesús y más disponibles para los demás: **escuchar, acoger, confiar, esperar, adorar, servir, acompañar, compartir y agradecer**. Cada uno de ellos nos acercará un poco más a María y, con ella, nos llevará al Corazón de su Hijo. Pidamos la gracia de vivir esta novena con sencillez y hondura, dejando que María, Mujer Eucarística, nos tome de la mano y nos enseñe a dejarnos amar, transformar y enviar por Jesús, Pan de Vida.

Oración para todos los días

María Inmaculada, Mujer Eucarística, Tú que llevaste en tu seno al Pan de Vida y viviste cada día en actitud de amor y entrega, enséñanos a abrir el corazón para acoger a Jesús y dejarnos transformar por su presencia. Tú que hiciste de tu vida una ofrenda sencilla y fiel, ayúdanos a vivir también nosotros como don para los demás, con humildad, gratitud y confianza plena en Dios. Acompáñanos en esta novena y llévanos siempre a tu Hijo. Amén.



Día 1 – ESCUCHAR

María es mujer de escucha. No solo oye: se deja tocar por lo que escucha. En Nazaret abre espacio para la voz de Dios; en la vida diaria, escucha su propio corazón; en el camino, escucha el latido del mundo.

Su manera de escuchar es profundamente eucarística: silenciosa, abierta, disponible.

Así como en la Eucaristía escuchamos la Palabra que se hace Pan, María escucha la Palabra que se hace Vida en ella. Su escucha prepara el corazón como un pequeño altar donde Dios puede reposar.

Hoy, en medio de notificaciones, ruidos, prisa y exigencias, necesitamos escuchar como ella: sin miedo, sin filtros, sin correr. Escuchar para comprender, para acoger, para amar. Escuchar para descubrir por dónde Dios pasa en lo cotidiano: en una conversación sencilla, en un cansancio del día, en una alegría inesperada.

Regálate cinco minutos de silencio real para escuchar lo que Dios te está diciendo hoy.

Día 2 – ACOGER

María recibe la Palabra, la guarda, la hace hogar. Su “hágase” abre un espacio nuevo para que Dios actúe. Acoger no es entenderlo todo: es confiar y abrir la puerta.

Ella acoge el plan de Dios, convirtiéndose en primer sagrario.

Su corazón se convierte en custodia viva, en el lugar donde el Dios-con-nosotros encuentra cobijo. Así también, cada vez que acogemos la voluntad de Dios, nuestra vida se vuelve un espacio eucarístico donde Él puede permanecer.

En nuestra vida diaria, acoger significa hacer sitio: en la agenda, en la mesa, en el corazón. Significa abrirse al otro, a sus necesidades, a los cambios, a los desafíos. A veces acoger lo de Dios implica soltar seguridades, reorganizar prioridades, dejar entrar lo que no controlamos.

Haz hoy un gesto concreto de acogida: una invitación, un mensaje, una llamada.

Día 3 – CONFÍAR

María no tiene certezas, pero sí confianza.

Confiar como ella es entregarnos a la voluntad de Dios con la certeza de que Él camina con nosotros.

Su confianza es eucarística: como el pan que se parte y se reparte, María se entrega entera a Dios, segura de que Él es fiel. Su fe no es ingenua ni cómoda; es una confianza que se nutre de la presencia de Dios, como quien se alimenta del Pan de Vida para seguir avanzando. María camina sostenida por una certeza profunda: Dios nunca abandona su obra. Y esa certeza la convierte en mujer valiente, disponible, abierta a lo que venga.

En el día a día, confiar significa no paralizarse por el miedo, sino seguir dando pasos, aunque el futuro sea incierto. Confiar hoy es creer que Dios actúa también cuando no lo vemos, que su gracia trabaja en silencio, que cada paso dado con fe tiene sentido, incluso cuando no lo entendemos.

Hoy permite que la fe sea la luz que guía tus pasos, y dile a Jesús: Jesús, en ti confío.

Día 4 – ESPERAR

La espera de María no es pasiva: es una espera que cuida, sostiene, prepara. Sabe esperar sin acelerar el tiempo. Sabe que las promesas de Dios maduran como el trigo, a su ritmo.

La espera de María es eucarística: permanece disponible, como pan ofrecido, para que Dios haga en ella lo que todavía no se ve.

María vive una espera que no desespera, que no exige resultados inmediatos. Su corazón aprende a respirar al ritmo de Dios, acogiendo lo que llega y lo que tarda. Ella sabe que la vida verdadera necesita procesos, silencios, noches, gestaciones.

También nosotros estamos llamados a esta esperanza que no huye ni se rinde: la esperanza que sostiene en el cansancio, que ilumina cuando todo parece lento, que recuerda que Dios actúa incluso cuando no vemos nada moviéndose.

Esperar hoy, en tiempos de inmediatez, es una invitación a creer firmemente que Dios trabaja en lo oculto, y que su tiempo —como la levadura escondida en la masa— siempre dará fruto.

Hoy vas a compartir con otros la importancia de confiar en que Dios llega siempre.

Día 5 – ADORAR

María adora con todo su ser: en el silencio de Nazaret, en la mirada al Niño, en cada gesto de fe. Adorar es reconocer que Dios está.

Ella adora al Dios hecho carne del mismo modo que hoy adoramos al Dios hecho Pan. Su mirada al Niño es la primera adoración eucarística de la historia.

Ella no necesita palabras ni grandes gestos: su adoración nace de la certeza interior de que Dios habita lo pequeño. María aprende a descubrir a Dios en el latido de un hijo, en el trabajo cotidiano, en los silencios que parecen vacíos, pero están llenos de Presencia. Su adoración es profunda, humilde, perseverante: un corazón que late al ritmo del “Hágase”.

María nos enseña que la adoración eucarística no empieza cuando nos arrodillamos ante el sagrario, sino cuando aprendemos a mirar la vida como ella la miró: sabiendo que Dios se esconde en lo sencillo y se revela en lo frágil.

Así como ella contempló al Dios Niño entre pañales, nosotros contemplamos al Dios Pan entre nuestras manos; y en ambos lugares, es el mismo Amor que se entrega, que se deja tocar, que transforma.

En lo cotidiano, adorar es detenerse, mirar con amor, descubrir la presencia de Dios en lo pequeño: una conversación sincera, un amanecer, un abrazo, una lágrima compartida.

Es reconocer que cada gesto puede convertirse en altar y que cada encuentro puede ser tierra sagrada.

Hoy dedica un minuto a decir en silencio: “Gracias por estar aquí”.

Día 6 – SERVIR

La adoración de María se convierte en camino: va de prisa a casa de Isabel porque su corazón permanece siempre abierto a Dios y a los demás. Su servicio nace de lo profundo, de una intimidad que se vuelve don. Como el Pan que se parte y se reparte, María se ofrece con sencillez, sin buscar ser vista, dejando que el amor haga su obra a través de ella.

Así nos enseña que la verdadera adoración no encierra, sino que envía; no es evasión, sino entrega; no es solo contemplación, sino presencia amorosa allí donde alguien necesita consuelo, escucha o compañía. Cuando el corazón ha reposado ante Dios, se vuelve naturalmente atento, delicado y disponible para los demás.

En la vida cotidiana, servir es mirar a quien tienes al lado, escuchar necesidades reales, ofrecer ayuda concreta. El servicio eucarístico nace de la oración, pero se encarna en gestos sencillos: la mano que sostiene, el tiempo que se ofrece, la tarea que se adelanta, el detalle que cura.

Realiza hoy un servicio silencioso, sin que nadie se entere.

Día 7 - ACOMPAÑAR

Acompañar es estar al lado sin tomar el control. María acompaña al pueblo, a Jesús, a los discípulos. Acompaña desde la fe, desde el consuelo silencioso que sostiene. Su presencia no invade, no dirige, no impone: simplemente está, firme y serena, como quien sabe que el amor verdadero no aprieta, sino que sostiene.

Su modo de acompañar es eucarístico: presencia humilde, cercana, que se queda. Como el Pan que permanece en el Sagrario, María permanece junto a quienes ama. Su compañía es alimento que no hace ruido, luz que no deslumbra, manos que no sueltan. Ella camina a nuestro ritmo, incluso cuando ese ritmo es lento, torpe o cansado. Acompañar, al estilo de María, es convertirse en refugio, en silencio que abraza, en mirada que anima a seguir.

En la vida diaria, acompañar es no abandonar a quien lucha. Es escuchar sin juzgar, respetar procesos, caminar con paciencia. Acompañar es recordar al otro que no está solo, que la vida no se atraviesa en solitario, que Dios también envía consuelo en forma de personas que caminan a nuestro lado.

Dedica hoy tiempo a alguien que necesita compañía o escucha.

Día 8 - COMPARTIR

María comparte lo que lleva dentro: su fe que brota como luz, su pan sencillo de cada día, su canto que nace del alma agradecida. En su visita a Isabel, en la vida oculta de Nazaret, en su Magnificat, María nos muestra que compartir no es dar cosas, sino darse. Su manera de ofrecerse crea comunión verdadera, porque reparte lo que es y lo que Dios ha hecho en ella. Allí donde María llega, la gracia se expande, la alegría se contagia y el corazón del otro encuentra un lugar para descansar.

Su compartir es profundamente eucarístico: María ofrece lo que es y lo que tiene, igual que Jesús se ofrece como Pan partido para la vida del mundo.

Ella comparte desde la sencillez: un gesto, una presencia, una palabra. Su vida entera está tejida de pequeños "síes" que se reparten como migas de Evangelio. Así, en cada encuentro, María se vuelve signo de ese Dios que no retiene nada para sí.

En lo cotidiano, compartir es abrir la puerta, partir el pan, decir una palabra buena, entregar un tiempo valioso.

Es entender que la comunión empieza en lo simple: en una conversación sincera, en una ayuda ofrecida, en un espacio cedido, en una sonrisa que reconcilia.

Cuando compartimos al estilo de María, nuestra vida se convierte también en mesa abierta y pan disponible.

Comparte hoy algo que te cueste: tiempo, atención, afecto.

Día 9 – AGRADECER

María agradece porque reconoce que Dios actúa en lo pequeño y eleva a los humildes. Su Magnificat es canto de fe confiada y alegría desbordante, una alegría que nace del Espíritu. Su gratitud es eucarística: la Eucaristía es acción de gracias, y María vive en actitud permanente de gratitud y alabanza. Su Magnificat es como un pan que se quiebra y alimenta a quien lo escucha.

María agradece como los pobres del Señor: con el corazón abierto, confiando en que Dios mira “la pequeñez de su sierva” y hace maravillas a través de lo frágil. Su acción de gracias nace de la certeza bíblica de que Dios “colma de bienes a los hambrientos” y sostiene la historia con manos fieles.

Esa misma gratitud, tan honda y tan real, es la que nos invita hoy a vivir como “mujeres y hombres eucarísticos”, capaces de descubrir la presencia de Dios en los detalles que normalmente pasan desapercibidos: una palabra que anima, un gesto de cariño, un trabajo bien hecho, un instante de paz.

Agradecer es también abrir el corazón para que la gracia circule. Cuando agradecemos, algo en nosotros se ensancha y nos volvemos más disponibles, más confiados, más libres. Así como el Pan Eucarístico se parte para darse, la gratitud parte nuestro egoísmo y nos convierte en don para otros.

Agradecer hoy significa abrir los ojos a lo bueno, reconocer la gracia que sostiene, celebrar lo que somos y lo que Dios hace.

Escribe o pronuncia hoy tu pequeño Magnificat personal.

PETICIONES

1. María, modelo de escucha, ayúdanos a escuchar la voz de Dios en nuestra vida y a confiar en sus palabras, como tú lo hiciste. **OREMOS: ESCÚCHANOS, MADRE.**

2. María, mujer acogedora, tú que acogiste siempre los planes de Dios en tu corazón, enséñanos a vivir desde esa acogida, aceptando en cada momento lo que Dios quiera para nosotros. **OREMOS: ESCÚCHANOS, MADRE.**

3. María, modelo de entrega, siempre atenta a las necesidades de los demás, ayúdanos a vivirlo todo desde esa entrega voluntaria y alegre a la que estamos llamados. **OREMOS: ESCÚCHANOS, MADRE.**

4. María, mujer de la espera, fortalece en nosotros la virtud de la esperanza, para caminar cada día con la certeza de que el Señor hace nuevas todas las cosas. **OREMOS: ESCÚCHANOS, MADRE.**

5. María, mujer adoradora, tú que viviste en constante Adoración ante la Presencia de Dios en ti, ayúdanos a adorar a Jesús con todo el corazón y a mantenernos fieles a su amistad cada día. **OREMOS: ESCÚCHANOS, MADRE.**

6. María, Madre que acompaña, tú que estuviste siempre cerca de Jesús y de quienes te necesitaban, enséñanos a acompañar a los demás con cariño y a ofrecer nuestra ayuda con alegría cada día. **OREMOS: ESCÚCHANOS, MADRE.**

7. María, mujer disponible, tú que siempre decías "sí" a Dios y vivías desde el servicio, enséñanos a estar disponibles para los demás con generosidad y sencillez, y a vivir el amor en lo cotidiano. **OREMOS: ESCÚCHANOS, MADRE.**

ORACIONES

ORACION DE LA ESPERANZA

Yo te espero, Señor.

No me importa que tardes; no necesito, Señor, que vengas pronto.

Yo esperaré, te seguiré esperando.

Siempre en la noche latirán tus pasos, cada hora más cerca de mi corazón.

Yo sé que vienes, pero encuentras algunos cansados ya de esperar y llamas a su puerta, te entretienes y aquí estoy esperando tu llegada con María.

Llegarás, estás ya cerca, te oye mi corazón.

Estás ya de camino y mi luz sigue encendida. Aquí estoy te espero con María. Amén.

ORACION DEL AMOR

Jesucristo, Maestro y Amigo:

con tu vida me enseñaste el amor.

Tu mandato es mandato de amor.

Y en la tarde de la vida me examinarás del amor.

Yo siento un deseo imperioso de amor universal.

Haz, Señor, que jamás traicione yo el amor.

Que pase por el mundo sembrando el bien.

Que todos encuentren en mí un discípulo del amor, fiel a tu mandamiento supremo. Y que mire a María, Madre del Amor Hermoso, y con Ella crezca en tu amor. Amén.

A NUESTRA SEÑORA DE LA SENCILLEZ

Señora, que no tengamos miedo a fracasar,

y que nuestras equivocaciones no nos

asusten; que obremos siempre con

sinceridad y humildad; que no nos creamos

mejores que los demás y que reconozcamos nuestros fallos,

que seamos arriesgados y al mismo tiempo

apoyemos nuestras manos en la de

nuestros mayores; que encontremos a

Cristo, camino, verdad y vida, y nos

arrojemos en sus brazos sin miedo.

Que en la bondad y sencillez de nuestra

vida encontremos el gozo de ser, como Tú,

Madre sencilla y humilde. Amén.

ORACIONES

A NUESTRA SEÑORA DE ADVIENTO

Madre Inmaculada, tú estás con tu Hijo, y
reinas con Él, mientras nosotros en esta
tierra poblada de alegrías
y de preocupaciones cada vez mayores.
Ayúdanos a hacer de este tiempo de
Adviento una espera eficaz que nos santifique
y nos consagre al servicio del prójimo.
No se aguarda cruzado de brazos, la acción
y la oración deben llenar nuestra vida.
Y cuando llegue nuestra hora y tengamos que atar
nuestra gavilla para presentarla al Señor, Madre,
quédate a nuestro lado. Impulsa tú el fruto que Él espera. Amén.